

Miembro fantasma

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Fernanda Trías, *Miembro fantasma*
Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-84-8393-381-7
Depósito legal: M-20617-2025
IBIC: FYB

© Fernanda Trías, 2025
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Este libro es el resultado de un proyecto de investigación-creación de la línea de investigación en escritura creativa del Instituto Caro y Cuervo.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Fernanda Trías

Miembro fantasma



ÍNDICE

Personaje en construcción.	11
El orador	25
Ciclón	33
Miembro fantasma	53
Una mujer de su época	67
Intimidad irremplazable	71
Si el mundo parara de hacer lo que hace.	93
Grupo de foco	113
De frontera solo el aire	117
Última carta a Claudia	133

Para Camilo y Pirueta

PERSONAJE EN CONSTRUCCIÓN

EL ESCRITOR SALIÓ DEL BAÑO y terminó de secarse frente al ventilador. Las piernas se le erizaron al contacto con el aire y pensó, por segunda vez en el día, que nunca había escrito un relato sobre otro escritor y que eso lo hacía sentirse desplazado, fuera de lugar en el mundo de los narradores actuales. Esa falla, creía él, lo condenaba a ser un escritor poco respetado por sus pares, que lo trataban con cierta displicencia. Quería convertirse en uno de esos escritores versátiles que se movían con soltura en todos los géneros. Si pudiera escribir un cuento sobre otro escritor, pensó, lograría demostrar su solvencia en recursos *metaliterarios* y eso lo colocaría en el mismísimo centro del presente. Otra vez el vértigo se manifestó como una sudoración repentina. Apoyó las manos en la cintura para que el desodorante no le pegoteara las axilas. Mientras no se moviera del rango de alcance del ventilador, estaría bien. Le pareció que las aspas giraban con lentitud exagerada

ese día. Tal vez la pelusa que cubría por completo la rejilla estuviera entorpeciendo la salida del aire. Se preguntó si la intolerancia al calor podía ser hereditaria. Recordaba a su padre fumando en la bañera llena de cubos de hielo y lo recordaba en el mar, sumergido hasta los ojos como un hipopótamo.

La camisa que el Escritor iba a ponerse colgaba de una percha en el baño. La había extendido ahí con la esperanza de que el vapor la refrescara un poco. Tenía tres días de uso. Fue a buscarla y la olió antes de meter el brazo derecho. Si había elegido una camisa era porque todas sus camisetas estaban sucias, no porque fuera a encontrarse con Marcela. No pudo identificar si verla le producía algún entusiasmo; en lo relativo a las mujeres, tenía la sensación de actuar en piloto automático. De algún modo lo descansaba; le ayudaba a economizar las energías que luego usaría para defenderse de ciertos pensamientos. Uno de esos pensamientos era su incapacidad para escribir un relato verosímil sobre otro escritor. Él solo escribía de treintañeros con vidas insatisfechas, fracasados o en vías de fracaso, incapaces de lavar la ropa una vez a la semana, hombres que hacían lagartijas por la mañana junto a la botella de whisky de la noche anterior, vidas, en suma, parecidas a la suya, y sin embargo esas historias le habían valido cierta reputación, una reputación que él sospechaba no podría sostenerse mucho tiempo más. Un crítico del único suplemento respetable en la ciudad había dicho que sus historias destacaban por la «empatía», cuando en realidad —le había confesado el Escritor a su exnovia— él era un egoísta, solo capaz de empatizar consigo mismo. Diez años de psicoanálisis y una vida entera hurgando en la naturaleza del

único humano que le interesaba, *él*, le habían otorgado una lucidez extraordinaria sobre los vericuetos de su persona.

Se terminó de abotonar la camisa y se miró al espejo. No importaba lo que se pusiera, Marcela lo miraría con las mismas ansias con que los cazadores miraban a los animales exóticos. Sus amantes (él las llamaba «amigas») elogiaban su forma de vestirse. Que usara zapatillas blancas con medias negras de vestir o una camisa con los puños y el cuello gastados de tanto roce, no les importaba. Ellas apreciaban su estilo, incluso se lo decían, pero la verdad es que él solo usaba ropa heredada, prendas que habían pertenecido a algún primo o hermano. Además de esos parientes cercanos, la otra persona que no creía en su ingenio y creatividad para combinar pantalones y camisetas era su exnovia. Se rectificó: su novia. Hacía una semana habían empezado a verse de nuevo, tras un año de separación que para ella había sido el infierno y para él había sido el infierno con abundante sexo. Como sea, frente a ella siempre se sentía desnudo, desarmado, a menudo enfermo de furia, pero prefería eso que la obsecuente mirada de sus amigas, a quienes a veces imaginaba como a las acompañantes de un mago que se metían sonrientes a la caja y luego se quejaban por no haber sido descuartizadas de veras. Cuando estaba con Marcela, primero se sentía eufórico; hablaba sin parar sobre sus proyectos y sus últimos logros, dejaba fluir el entusiasmo sobre sí mismo a niveles vergonzosos, siempre consciente de ello pero como en un trance, y cuando sentía las primeras puntadas del pánico que implicaba verse a sí mismo en ese estado de autocomplacencia, de la más inaudita deshonestidad, saltaba sobre Marcela, la agarraba como si no pudiera soportar el rapto de pasión, y así terminaban en la cama. Mientras iba llegando al res-

taurante de arepas, el Escritor pensó que la manera más fácil de escribir un relato sobre otro escritor era inventar un personaje que fuera un escritor consagrado y adjudicarle todas las cosas que le pasaban a él. Lo llamaría el Escritor, o incluso tendría un momento de arrojo irónico y lo bautizaría el Señor Escritor.

El Señor Escritor salió del baño y se puso la camisa frente a la ventana abierta. Estaba sin ropa interior e imaginó, con morbo, que alguien lo miraba desde el edificio vecino. El aire terminó de secarlo, porque su impaciencia nunca le permitía frotarse con la toalla el tiempo suficiente. El ventilador no arrojaba mucho aire ese día; giraba con un traqueteo exasperante y supuso que algo estaría fallando. Era un ventilador viejo, pero de esas marcas que podían durar treinta años. Una inversión segura. Le pediría a su mujer que llamara al técnico, pensó. Justo en ese momento ella cruzó de la habitación a la cocina. Al verlo frente a la ventana, con las piernas abiertas, blancas y peludas, y su miembro oculto bajo los faldones demasiado largos, lo que dijo fue: ¿Vas a ponerte esa camisa? El Señor Escritor no podía evitar sentirse desnudo frente a su mujer; le ofendía la distancia con que ella lo escuchaba hablar de sus libros y proyectos, y después de once años de convivencia aún no sabía si la mirada era de interés o de perfecto desprecio. Una cosa sí era cierta: para su mujer, escribir un libro no constituía nada demasiado admirable, y si bien esto a veces le generaba al Señor Escritor una sublevación interna, un deseo de echarse al piso a llorar con los puños y los ojos bien cerrados, la mayoría de las veces aún le provocaba deseo, ganas de clavarle los dedos entre las nalgas, de abrirle el cuerpo como si así pudiera llegar a ese núcleo desconocido, a esa raíz del desdén que no le permitía a él